
**MARX ENTRE
LA ADOLESCENCIA Y LA JUVENTUD**
Victor PEREZ DIAZ

CARTA AL PADRE (1837)
Karl MARX

**LA INESTABILIDAD DEL
CAPITALISMO SEGUN SCHUMPETER**
José PIERA LABRA

**LA INESTABILIDAD DEL
CAPITALISMO**
Joseph A. SCHUMPETER

**EN TORNO A
MIS PRIMERAS CREENCIAS**
Jaime REQUEJÓ

MIS PRIMERAS CREENCIAS
J.M. KEYNES

PAPELES
DE ECONOMIA ESPAÑOLA

MARX ENTRE LA ADOLESCENCIA Y LA JUVENTUD

Victor PEREZ DIAZ

La carta que Carlos Marx escribe a su padre el 10 de noviembre de 1837 es la única que de él conservamos, de la correspondencia entre ambos. Las relaciones entre Carlos Marx y su padre fueron profundas, emotivas. Enrique Marx amaba intensamente a su hijo, creía en él, pero no por ello dejaba de ser lúcido y consciente de los problemas que un carácter extremado, atormentado y exigente, podía suponer en el desarrollo de una carrera social y en la consecución de la felicidad. De las cartas del padre, que sí se conservan, quedan numerosos rasgos de la preocupación paternal por lo que considera un temperamento desordenado, descuidado de las cosas prácticas, duro y frío a veces, al menos en la exteriorización de sus sentimientos. Cree el padre en su buen corazón, pero se pregunta si no hay algo fáustico o demoníaco en el carácter del hijo, que presagia dificultades para el porvenir. Todo ello se compensa, sin embargo, por la fe en sus capacidades y, en último término, en sus sentimientos, por la fe también en su energía y en su ambición para realizar una gran obra. El padre le aconseja, pero no trata de forzar sus inclinaciones, ni su destino, dejando abierta la elección de su vocación entre las diferentes ramas de la jurisprudencia o la filosofía, sin descartar la posibilidad de una actividad artística. El padre es también el confidente de Marx, y su apoyo, en la complicada aventura sentimental, finalmente coronada por el éxito, entre Marx y su novia, Jenny, sorteando algunas reticencias de la familia de la novia.

El momento de la carta, noviembre de 1837, tiene lugar algún tiempo después de la instalación de Carlos en Berlín, a donde llega después de pasar por la Universidad de Bonn. Berlín es la capital del reino de

Prusia, y la sede de su Universidad más importante. La carta de Carlos Marx constituye una confesión de su estado de ánimo, una mirada retrospectiva hacia el pasado, un intento de síntesis de sus sentimientos amorosos, sus preocupaciones intelectuales y sus agitaciones estéticas. Da cuenta también de sus experiencias académicas y de sus círculos amistosos.

Se trata de una carta en la que el carácter desordenado que temiera el padre, el tenor borrascoso y atormentado de un tránsito difícil de la adolescencia a la juventud, se exhiben claramente. También la extraordinaria ambición, el apresuramiento con el que un adolescente intenta apropiarse, sin trabajo real todavía, de anchos territorios del saber y de la experiencia humana. Todo ello expresado en un lenguaje grandilocuente, profuso y oscuro. Los excesos de la adolescencia, oscilando entre la autocompasión y el delirio de grandeza, se ponen aquí de manifiesto. Pero también queda patente que Marx es, y lo será a lo largo de toda su vida, un tipo de persona que no tiene nada que ver con el de los jóvenes modosos, buenos empresarios de sí mismos, realistas y ordenados, que se aseguran un porvenir sensato, aleccionador y eficiente, como la otra cara de una mediocridad recalcitrante. En la fiereza relativa de la carta y de los sentimientos que se expresan a través de ella, cabe entrever también la disposición para las grandes pasiones, y para abrazar las consecuencias, eventualmente de sufrimiento y de aislamiento, que esas pasiones puedan traer consigo, para sí mismo, o para las gentes próximas a él.

El amor al que se refiere Marx, su amor por Jenny von Westfalen, es caracterizado por él como amor vacío de esperanza. En

realidad, se obstina en imaginar como sin esperanza lo que es sólo un amor a medias contrariado, en realidad correspondido, e incluso favorecido por el padre de la novia. Una parte importante de las reticencias del padre de Carlos ante esta carta de su hijo, u otras similares, procede precisamente de esto: de que su hijo, una y otra vez, intenta caracterizar su amor como un amor imposible, siendo como es un amor que se va acercando a buen término.

Los intentos artísticos de Marx se saldan en fracaso. Sus anhelos poéticos, dramáticos o literarios se queman en proyectos y realizaciones de los que él mismo tendrá una visión sumamente crítica casi inmediatamente después de hacerlos. No obstante, son testimonio de un lado artístico en Marx, que se mantendrá durante toda su vida. Marx fue amigo de poetas como Heine y Feiligrath. Fue también un devorador incansable de la novela de la época, sobre todo de Balzac. Fue un admirador entusiasta de los clásicos griegos, de Shakespeare, del Quijote. Inició en este amor a la literatura a sus hijas. Su estilo literario, barroco y a veces oscuro, contiene sin embargo una fuerza de persuasión, una capacidad de expresión de la ironía, la indignación, extraordinarias. Sobrecargado por términos extranjeros, ingleses con frecuencia, franceses o italianos a veces, su estilo literario puede ser, sin embargo, de extrema concisión y dureza. La construcción misma de sus obras expresa una voluntad arquitectónica indudable.

Marx no desarrolló los estudios jurídicos, con los que inició su vida intelectual, en su obra posterior. Sin embargo, son importantes para entender su comentario a las discusiones de la Dieta renana, y su atención a la obra de Hegel sobre filosofía del derecho. Estas fueron las primeras obras importantes de Marx, que le pusieron en camino hacia sus trabajos económicos y políticos. Había algo, sin embargo, en la «formalización jurídica» (y en el «positivismo jurídico») que no acababa de encajar

con la tendencia intelectual de Marx, que se expresa en esta misma carta. Esta tendencia intelectual cristaliza en su contacto con Hegel, y se orienta hacia lo que él llama la «unidad» de materia o contenido y forma, de dato positivo y razón moral, de realidad e idea. La autonomía relativa de las formas jurídicas (al modo kantiano, pero también al modo peculiar de Savigny) es rechazada muy pronto por el joven Marx. No es de extrañar así que fuera marginando sus estudios jurídicos, y orientándose decididamente hacia la filosofía (y más tarde la ciencia social y económica, como saberes de «contenidos»), de lo que es testimonio esta misma carta.

La carta expresa la fascinación que le produce la obra de Hegel. Fascinación que incluye admiración y hostilidad. Hay un mixto de acercamiento y de rechazo, ambos intensos. Con típica exageración, da a entender que llega a conocer a Hegel «de cabo a rabo» durante lo que se supone es una breve enfermedad. En realidad, hubo de trabajar la obra de Hegel durante varios años, pero no en solitario sino, como se indica también aquí, dentro de un grupo de camaradas universitarios y filosóficos, el Club de los Doctores. Esta fue la primera arena pública donde los talentos intelectuales y la energía de Marx se desarrollarían libremente, una vez superada la arena del círculo familiar. La carta indica la transición de un teatro de operaciones a otro: del teatro de la vida familiar y «privada» de Tréveris, con el interregno de vida estudiantil desordenada y ruidosa de Bonn, al teatro de operaciones más intenso, abierto y «público», de los medios intelectuales de Berlín.

El medio intelectual berlinés era, visto con perspectiva histórica, un medio relativamente provinciano, alejado de las grandes experiencias históricas de la época, la revolución industrial, el movimiento político del liberalismo, los poderes hegemónicos en Europa. Sin embargo, gracias en parte a la extraña y extraordinaria construcción especulativa de Hegel, los jóvenes intelec-

tuales que se acercan a la ciencia y a los problemas del saber de la época, a través de Hegel, tienen el sentimiento de estar situados en el centro de la historia. De ese sentimiento participan los jóvenes del Club de Doctores. Marx aporta a este círculo su ambición, su energía, su inteligencia. Aporta también el depósito de una moral de la Ilustración bebida en las fuentes familiares y escolares en Tréveris, combinada con un romanticismo que pone juntos el impulso hacia las grandes obras, la exaltación de la vocación personal, y el servicio a la humanidad, y que está solo latente en esta carta al padre.

En la bibliografía de Marx, la carta al padre se encuentra situada entre sus redacciones escolares de 1835 y su tesis doctoral de 1841. Las redacciones escolares, escritas al término de su educación secundaria, expresan sentimientos morales asociados a una vocación de servicio, altruista y generosa. Son redacciones, también, de tono confiado y sereno. En la carta al padre aquellos sentimientos pueden darse, tal vez, por supuestos, pero el desasosiego y la inquietud ocupan el primer plano: su espíritu combativo se apresta quizá, así, a entrar en liza. Sin embargo, durante cuatro largos años Marx velará sus armas, y preparará su tesis doctoral sobre la filosofía griega. En el frontispicio de esta tesis, junto con su simpatía por los ideales morales de la Ilustración, Marx expresa por primera vez su admiración por la figura de Prometeo. Prometeo encadenado, el héroe de la tragedia de Esquilo, será un mito profundamente arraigado en el universo simbólico de Marx. De él dirá que es su santo y mártir preferido en el calendario filosófico. Prometeo es el gran negador de los dioses, impío y desafiante. Es también el que proporciona a los hombres un instrumento fundamental para su tarea de apropiación del mundo, el fuego. Es un héroe solitario, al servicio de los hombres pero emocionalmente lejano de ellos, aislado en la cumbre de la montaña. Es, finalmente, un héroe

encadenado y atormentado, que encontrará consuelo en sus invectivas.

Extraña fascinación por un destino que anticipa no pocos rasgos de su propia vida, y que las desmesuras de adolescente de su carta al padre sólo permiten vislumbrar.